

El bosque

Espléndido, húmedo, frondoso sobre las laderas de las montañas. En otoño recibe las lluvias, tenues, persistentes, elixir de vida. A los cuarenta y un grados y medio de latitud sur, la cordillera tiene un clima riguroso pero no insoportable. Miguel, granjero y apasionado del bosque, se dispone a realizar las tareas diarias que requieren de atención para mantener su pequeña granja. Ya les dio de comer a las gallinas, también a los cerdos y se prepara para salir con su camioneta rumbo al poblado a conseguir provisiones, tal como lo hace todas las semanas. Está acostumbrado a que lo acompañe Pachín, su alegre labrador de tres años, el mejor compañero de todos los perros que hay en "La Fortina". Lo llama varias veces pero no aparece. Es un animal libre y aprovecha su libertad recorriendo la región, siempre regresa. Miguel retorna a la cabaña, busca su abrigo, su gorro, le da un beso a Alicia -su compañera- que no se ha levantado y sale hacia el pueblo. Es muy temprano, aún no hay claridad y tiene que conducir unos cuantos kilómetros por camino barroso. Está algo incómodo por no haber conseguido que Pachín lo acompañara, pero se consuela sabiendo que es bastante común que el animal falte de la granja. Serpentea el camino entre los árboles y las matas, cruza algunos arroyos y se siente molesto porque la lluvia y la no muy buena luz de la camioneta le dificultan la visión. No es tan preocupante la situación porque el camino está siempre desolado por esa época. Más que algún ganado trashumante solitario, no sería normal encontrar alma alguna por ahí. Pasaron algunos minutos y, al salir de una curva cerrada, se enfrenta a un bulto oscuro sobre el camino y le resulta imposible esquivarlo. La camioneta atropella ese bulto debido al impulso que traía, no obstante el gran esfuerzo que hace Miguel para evitar un accidente de malas consecuencias. El vehículo se tambalea fuertemente, realiza -más que un salto- una gran pirueta crujiendo todas sus partes bajas. Cae pesadamente a un costado ante la evidente desesperación del granjero tratando de evitar desbarrancarse. Logra estabilizar el vehículo pero no puede evitar chocar de frente contra un gran árbol. Recibe un fuerte golpe en la cabeza y pierde el conocimiento. Al cabo de un rato vuelve en sí. Aún hay mucha oscuridad. Se siente mareado y perdido, no alcanza a comprender lo que pasa. El motor de la camioneta se detuvo con el impacto, todo está en silencio. También las luces están rotas o tal vez se desconectó la batería porque tampoco hay luz en el tablero. Repentinamente, un grito agudo, lastimoso y penetrante se deja oír. Algo atontado todavía, al granjero se le hiela la

sangre y su corazón pega un brinco ante el aullido desgarrador. Nunca había escuchado algo semejante. El eco duró unos segundos que parecieron interminables, luego volvió el silencio. Dolorido, confundido, sin poder ver en la oscuridad, tantea en la guantera por su linterna y sale del vehículo. Algo más lúcido, toma conciencia que ha tenido un accidente. Además, pareciera que algo está sucediendo, pero: ¿qué es? Revisa todo su cuerpo, por milagro no tiene heridas graves, solo algunos rasguños por vidrios del parabrisas que cayeron sobre él. ¿Qué paso? Recuerda la lluvia, la poca visibilidad,... la curva,...el bulto. ¡Ese bulto! ¿Qué será? Sacude la cabeza para aclarar las ideas, pero sigue bastante confundido. Se incorpora y hace esfuerzos para mover los pies en el barro. Está atascado. Con gran esfuerzo logra salir de la zanja donde cayó. Camina unos pasos en la oscuridad sin saber hacia dónde. Enciende la linterna y alumbra a su alrededor. A unos veinte metros percibe algo sobre el camino. Se acerca, alumbra directo y lo ve. Aún aturdido, siente temor por lo que no distingue bien. A escasos cinco metros ahora esta ese bulto. Amorfo, enorme, sin principio ni fin, peludo, aceitoso, de color gris oscuro -casi negro-y nauseabundo hasta lo insoportable. Con la mano libre tapa su boca y nariz. El olor a podredumbre le da nauseas, sintiendo al instante un fuerte mareo, se detiene, le pareció que "eso" se movía. Está agotado, ya no resiste, se le nubla la vista y cae de boca desvanecido.

Se oye el chapoteo de pasos sobre el barro acercándose a la cabaña.

Alicia acaba de salir del baño y se dirige hacia la cocina. El ruido de los pasos, la lluvia y la falta de reacción de los perros le hace pensar que finalmente Miguel no salió hacia el pueblo. Se acerca a la ventana, ya está claro pero muy nublado. Observa, no ve absolutamente nada anormal ni a nadie que se acerque. No obstante aún escucha los pasos sobre el barro. Prestando mayor atención, percibe que el sonido es de pasos alejándose. Piensa que Miguel está haciendo alguno de los menesteres rutinarios y luego regresará. Se despreocupa. Pasó más de media hora entre que desayunó y acomodó algunas cosas dentro de la cabaña. Se dispuso a salir. La lluvia había disminuido su intensidad. Sus ocupaciones diarias eran revisar si las vacas y caballos tenían suficiente alimento en el establo, a la vez que controlar dos terneros que tenían poco tiempo de nacidos. Ya, cuando salió a la galería,

sintió o, mejor dicho, presintió algo atemorizante. No sabría explicarse bien que era porque no advertía nada anormal a su alrededor. Pero..., era una sensación, intuitiva, una percepción que no podría explicar con palabras comunes. Pensó que el frío de la mañana era más intenso que lo usual por eso se sentía así. Continuó en lo suyo y se dirigió hacia el establo. Estaba llegando cuando advierte que Nocha, la fiel perra que siempre la acompaña, no había aparecido. En cambio, sí encontró a Pechuga -hijo de Nocha- que estaba acurrucado a un costado del portón, con mucho frío, tiritando. Sorprendida deduce: ¡no tiene frío! ¡Está asustado! Le hizo algunas caricias, le habló -para animarlo- pero el animal no abandonó su postura y continuó muy atemorizado. Entro al establo, hizo todos los menesteres de rutina y no advirtió nada raro. Ya concluido y disponiéndose a regresar, nuevamente la sobrecoge esa extraña sensación ahora con más temor e inseguridad. Un escalofrío que comenzó en los pies y en segundos subió hasta sus cabellos, le proponía que debía retornar rápidamente a la cabaña.

Una luz muy potente hirió sus ojos. Los cerró con fuerza. Intentó volverlos a abrir. Un dolor punzante como un estilete en el cerebro fue la luz que se coló entre sus párpados. Giró rápidamente su cabeza hacia un costado.

- Está despertando- Escuchó una voz cercana.

- Al principio le molestará mucho la luz, pero se irá acostumbrando paulatinamente- prosiguió la voz.

- ¿Podremos interrogarlo pronto, Dr. Mede? - Pregunta otra voz.

El médico, quién hablara en primer término, le dice que sería mejor dejarlo descansar un par de horas y después se verá.

Miguel escuchó todo este diálogo pero no llegaba a comprender que sucedía. Está en una cama. Le parece un hospital, pero no reconoce nada ni a nadie. Persistía el intenso dolor de

cabeza. Trató de hacer memoria. Recuerda que se dirigía al pueblo, llovía, no podía ver bien! Se le encogió el corazón cuando recordó el accidente. Se calmó al advertir que parecía estar bien, pero pensó:-¿Para qué quieren interrogarme? ¿Quién tendrá ese interés? Yo iba solo y estoy aquí!! . Se durmió. Tal vez por el efecto de alguna medicina.

Al cabo de un rato alguien lo despierta. Ahora pudo abrir los ojos casi sin problemas, la iluminación era más tenue, o le pareció a él. A su costado estaba parado un hombre de mediana edad, pasados los 40, con un guardapolvo blanco y lentes muy gruesos.

- Soy el Dr. Mede y usted es mi paciente desde que lo trajeron hace 48 horas- dijo.

Miguel se sorprendió por el tiempo que llevaba allí pero no dijo nada.

El médico continuó: - Usted ha sufrido un accidente que le produjo un fuerte golpe en el cráneo y ha permanecido desvanecido varios días; estamos contentos que haya reaccionado bien. Lo mantendremos en observación por un tiempo. Luego vendrá el Juez y su secretario para hacerle algunas preguntas.

¿Juez? ¿Secretario? ¿Preguntas? ¿Qué es todo esto? -pensó el granjero- ¿Varios días desvanecido? ¿Fuerte golpe en la cabeza?- estaba cada vez mas confundido. No sabía si era que no podía hablar o que la perplejidad lo había dejado mudo. El médico, luego de observarle los ojos con una linternita, dio media vuelta y se retiró.

Todo lo que le estaba sucediendo le pareció demasiado extraño. De pronto, entre sus cavilaciones, apareció el recuerdo de lo vivido tras el accidente: la lluvia, la oscuridad, el barro, y...casi no se animaba ni a pensarlo: el bulto. Las leyendas del bosque son numerosas e inquietantes pero él no recordaba ninguna que aludiera a algo semejante. El bosque, esa inmensidad viviente, lleno de misterios e infinitos laberintos, tiene sus secretos y además de atesorar riquezas, guarda la vida de los seres que él deja compartir y arrebató las vivencias de quienes lo transitan. Esos pensamientos a Miguel lo hicieron estremecer. El siempre entendió al bosque que se brinda a cada paso para disfrutarlo y comprenderlo. Luego de esta experiencia vivida no estaba tan seguro de esa idea.

Un grito agudo, lastimoso y penetrante parte de la espesura del bosque, se divide en miles de ecos estremecedores que recorren el aire, eriza la piel y sobresalta el corazón del ser viviente más precavido.

Atemorizada y con el terror en el alma, Alicia queda petrificada frente al gran reloj de pared sobre la estufa a leña. No sabe que pensar ni hacer. En unos instantes se sobrepone. Advierte que está anocheciendo. Miguel aún no ha regresado. De pronto, afuera escucha un alboroto. Los perros están ladrando nerviosamente. Volvió Nocha!-pensó para tranquilizarse- y es raro que también esté Pachín! Observa por la ventana y ve que están los dos perros jugueteando con Miguel que le da la espalda y tiene puesto un sombrero. Se calma ante la vista y sale para reunirse con ellos. Al verla, los perros se abalanzan acechándola. Ella no entiende. Esos perros son calmos, siempre han jugado con ella, pero...¡¡ahora la desconocen!!...¿qué les pasa? Retrocede y emite un grito casi lastimero: ¡Fueraaa! Los animales continúan. Entonces escucha un potente grito:¡¡QUIETOS!! Los perros se quedan inmóviles. No es la voz de Miguel, tampoco es él, pero no puede ver quien se trata. Tiene el sombrero de apicultor -lo usan para revisar los panales detrás del establo- y en la mano izquierda una linterna con la que le alumbró la cara a Alicia.

¿Quién es usted?... ¿Qué quiere?... ¿Cómo puede ser que los perros le obedezcan?-pregunta. El desconocido levanta la mano libre y los perros se ponen en guardia con fuertes gruñidos y acosándola nuevamente. Ella ve los largos dientes de los perros, afilados como cuchillas, prestos a desgarrar. Se estremece. Quiere gritar. No puede. No sabe como reaccionaran los perros que con ojos desorbitados se le acercan cada vez más. Comienza a llover copiosamente. Los perros están tan cerca que ella siente el olor fétido de sus alientos. Alcanza a percibir que el extraño se le está acercando. La lluvia sigue cayendo implacable. Toma la decisión de alejarse corriendo hacia el bosque. Antes que dé el primer paso, una mano la atrapa fuertemente del abrigo. Ahora sí grita aterrorizada, se despoja del abrigo y emprende la carrera. Los estrepitosos ladridos de los perros casi la paralizan pero hace un esfuerzo y sigue. No siente el frío a pesar de la baja temperatura y la lluvia. Sus ropas están

empapadas. Oye una estridente carcajada a sus espaldas. Le imprime mayor velocidad a su carrera. De pronto advierte que el sendero es tan angosto que apenas puede pasar. Las ramas de los arbustos le rasgan las vestiduras, cual manos enfurecidas. Nuevamente oye la carcajada y otra vez la mano que le quita ropas. Al cabo de unos instantes y de varios forcejeos se encuentra corriendo casi desnuda. Comienza a sentir más frío y más... y más... pero no se detiene. No puede pensar con claridad pero se encomienda a Dios ante la esperanza de una paz próxima. La lluvia sigue cayendo y el bosque se calma. La lluvia cae...persistente...gélida...indiferente.

¿Yo...yo señor juez? Yo nunca he cometido ningún delito - dice dubitativo Miguel ante la pregunta del juez Miranda- No sé porque me hace esa pregunta si yo siempre he sido un ciudadano honorable. No tiene más que preguntar a quienes me conocen. -Ahora nervioso y casi gritando inquiera: ¿Porque me hace esa pregunta?

El juez hincha el pecho aspirando aire y luego de exhalar dice: Resulta que hemos encontrado "La Fortina" abandonada, en un gran desorden, con muchas cosas destruidas y los animales sueltos....

Miguel no aguanta más y lo interrumpe- ¿Y Alicia como esta?- con un grito desgarrador y apresurado.

- Justamente de eso se trata - continúa el juez- no logramos encontrarla; hemos buscado por todas partes y seguido los rastros, pero ella no ha aparecido.

-¿Como que no ha aparecido? - dice el granjero casi con ira - Si yo la dejé bien y estaba en compañía de los perros que siempre la protegen....no puede ser!...tiene que haber una equivocación!! -

-El caso es como le comento, los perros están allí, dando vueltas por todas partes pero de Alicia no tenemos noticias y usted está muy comprometido por las pruebas que encontramos- agregó el juez

-¿Pruebas? ¿Qué pruebas?

-Encontramos vestimenta de ella esparcida y rota por un sendero, que en cierto modo eso no lo acusaría de nada, pero también encontramos su sombrero de apicultor y su linterna, que espero nos explique porque los dejó tirados en el sendero.

Muy sorprendido Miguel abre los ojos y la boca muy grandes. Se dispone a hablar pero de repente recuerda toda su experiencia. Cae sentado y balbucea: el bulto...el cuero...

-¡Ha! ya que lo dice, encontramos un cuero negro y peludo tirado en una orilla, no le dimos importancia porque estaba seco y los animales ya le habían estado arrancando pedazos.

Miguel entendió que estas cosas tenían alguna relación pero no podía explicarlas por miedo a que lo tomaran por loco. Pensó en las leyendas sobre el bosque. No recordó ninguna semejante.

-Otra cosa que encontramos fue un perro negro muerto -Miguel pensó en Pechuga- ¡cosa rara! lo revisamos, no tenía ninguna herida pero descubrimos que su hígado estaba atravesado en cruz por dos agujas de croché.

Al granjero se le paralizó el corazón, un sudor frío le corrió por la espalda y casi se desmaya por no lograr entender lo que pasaba.

-Por el momento es todo lo que tenemos para decirle- comenta el juez- usted permanecerá en el hospital bajo control médico hasta su alta y luego deberá vernos para que nosotros le autoricemos a abandonar la población. Dicho esto se despidió y salió.

El desaliento y la desazón de Miguel eran enormes. A todos los hechos traumáticos que había vivido desde su accidente se le agregaba la desaparición de Alicia y la destrucción de su granja. Como un autómatas se dirigió al baño, abrió la canilla y se hecho agua fría sobre la cara repetidas veces. Le hizo bien. Se secó, levantó la cabeza y, cuando baja la toalla de su cara, se ve en el espejo. ¡Otra sorpresa inesperada! Su larga cabellera color castaño claro que siempre había lucido con orgullo se había convertido en un tumulto de canas desmarañadas. ¡Cuántas pruebas Señor! Pensó... ¿por qué tantas?...

Al reingresar a la habitación, todavía bastante confundido y atemorizado por su nuevo aspecto, casi da de bruces con un enfermero que estaba parado allí. Hombre de tez oscura, con profundos rasgos aborígenes en su estampa, de una edad incierta aunque mayor y muy serio. Le habla con una voz profunda y sonora.

Lo escuché al señor juez. Si usted me permite puedo comentarle algo sobre las cosas que encontraron.

-Sí, continúe por favor - dice Miguel bastante intrigado.

-Mis ancestros habitaron toda esta región y más allá. Dice una leyenda que un jefe poderoso amansó un mamut y se lo regaló a su enamorada. Ella, agradecida, subió al animal y comenzó un paseo. El jefe esperó por mucho tiempo pero entendió que se habían ido para nunca más volver. Comentan nuestros ancianos que, los días de intensa lluvia, son el llanto de angustia de aquel jefe, que vuelve al bosque envuelto en un cuero de mamut a rescatar su amada, llevándosela sin dejar rastros. Aquellos animales que le temieron al verlo los mata estrujándole el hígado y a las personas que se acercan sin verlo les transforma el pelo color como la nieve.

Dio media vuelta y se retiró con paso lento y cansino.

Miguel más confundido que antes, entendió que aquellas cosas que él creía nunca ocurrían, alguna vez se pueden hacer realidad. El bosque. Con secretos inconmensurables. Acompaña la vida de quienes moran en él. Atrae como espejismo a aquellos que lo descubren. Cobija pájaros que llenan el aire con sus sonidos. Alberga oscuridades, murmullos, silencios, sombras que abrazan leyendas o quizás...otras realidades.

Juan Carlos Requena